9.

SERMON FÚNEBRE
DE LA AUGUSTA SEÑORA
DOÑA MARÍA ISABEL DE BRAGANZA,
REINA QUE FUE DE ESPAÑA,

QUE EN LAS SOLEMNES EXÉQUIAS CELEBRADAS

POR EL REAL CUERPO

DE CABALLEROS MAESTRANTES

DE SEVILLA,

EN LA IGLESIA DEL CONVENTO

DE REGINA ANGELORUM,

DEL ÓRDEN DE PREDICADORES,

DIJO

EL M. R. P. MRO. FR. JOSÉ GOVEA Y ÁGREDA, *del Órden del Gran Padre San Agustin, Doctor en Sagrada Teología por la Real Universidad de dicha Ciudad, Examinador Sinodal de su Arzobispado, Sócio de Número de la Real Sociedad Patriótica, de la Real Académia de Buenas Letras, y Bibliotecario primero de la Real Biblioteca pública de San Acasio.*

EN LA IMPRENTA REAL Y MAYOR.

1819.

Sicut sol oriens mundo in altissimis Dei, sic mulieris bonae species in ornamentum domus ejus.

Asi como al nacer el sol sobre los mas altos montes es el ornato del mundo, así la hermosura de la muger buena es para adorno de su casa. *Eccli. cap. XXVI. vers.* 21.

ILUSTRISÍMO SEÑOR.

Las ideas y las esperanzas de los hombres vuelan y desaparecen como nubes, y los designios de Dios se cumplen. Sus obras son grandes, incompreensibles y admirables, y tan absoluta su Soberanía, que ni los Príncipes que dominan la tierra, ni las Potestades que le sirven en el Cielo, pueden decirle: ¿*Cur ita facis*? (1) ¿Por qué haces esto, Señor? Que

(1) Job. cap. 9. v. 12.

eche con su mano Omnipotente los montes al mar: que cubra de tinieblas la tierra, de amargura los Reinos, y de confusion al mundo: que envie á la pálida muerte, para que como ladron nocturno asalte al palacio de los Reyes, como á la humilde choza de un pastor: que dispare igualmente sus flechas y saetas contra el inocente y el impío, y que ambos beban con un mismo vaso la amarga hiel con pavor y espanto.... ¡Ah! ¿Cuál será el blasfemo que levantando su vista al Cielo, se atreva á decir á su Dios? ¿Señor, por qué haces esto?

No es lícito, decia un sábio Gentil, soltar argumentos y quejas contra Dios. ¿Qué deberá, Señor, decir un pueblo fiel? Gran Dios, á los pies de tu altar y tabernáculo bajamos los ojos, porque ninguno puede leer lo que está escrito en aquel libro eterno. Mas séanos permitido, Señor, sin que esto sea reconvenir tu Soberanía, ni argüir tus decretos, ni tachar tus consejos, el que como hijos, bañando con lágrimas el sepulcro de una buena Madre, desahoguemos nuestros afectos. Murió, mejor diria, cayó como desde un trono res-

baladizo al sepulcro la MUY ALTA Y MUY EXCELENTE SEÑORA DOÑA MARÍA ISABEL DE BRAGANZA, REYNA DE LAS ESPAÑAS.

¡O alma virtuosa! Vuela, vuela al seno de Dios, que hasta allí subirán los clamores de mas de once millones de hijos, diciendo con triste llanto. ¿Por qué, Gran Dios, tronchó tu mano poderosa el árbol de nuestras esperanzas, y arrazó con el fruto ó prole, que apenas vivió, sin haber nacido? ¿Por qué atropelló la muerte con tanta alevosía á la mejor centinela del Palacio, quitó de junto á la espada la clemencia, rompió el modelo de Princesas cristianas, y apagó la antorcha, que en poco tiempo iluminó mucho con su egemplo al suelo hispano? ¿Castigas en la Inocente á los culpados? ¿Ó quieres agravar la afliccion y consternacion de un Monarca y de un reino sumidos en un abismo de desgracias? ¡Ay! ¡que bien esclamásteis, Sábios, que publicasteis el lúgubre rasgo de su muerte! ¡Cuánta felicidad destruida! ¡Cuánta esperanza frustrada!

Ha perdido el Soberano una perfecta Esposa, digna de su corazon, de sus lágrimas y

suspiros: los Fidelísimos Reyes de Portugal una Hija, gloria y bendicion de tan Augustos Padres: la clara estirpe de Borbon y de Braganza una gloriosa descendiente: perdió el Palacio su alegría, la Corte el modelo de las costumbres, los desgraciados su esperanza, y el reino una Madre amable. Se eclipsó el Solio, y se cubrió de luto con la falta de tan precioso ornato. Así como el sol al nacer sobre las alturas de los montes es por su luz, claridad y belleza el mas precioso ornamento del mundo, asì la hermosura de una muger buena es para su casa el mejor adorno. *Sicut sol oriens mundo in altissimis Dei, sic mulieris bonae species in ornamentum domus ejus.* La perfecta Esposa, la buena madre de familia, la Reina virtuosa, la muger egemplar y cristiana, merecen que la Religion y la Patria escriban con honor sus nombres y bendigan su memoria. Los mas insignes Padres de la Iglesia emplearon sus plumas en transmitir á la posteridad las virtudes domésticas de las célebres heroinas que fueron la admiracion de su siglo, y la edificacion del pueblo de Dios. Hebreos, Gentiles, y Cristianos las honraron

con sus elogios fúnebres, inmortalizaron sus nombres y publicaron las gloriosas acciones por las que se hicieron recomendables. Augusta Reina y Señora Doña María Isabel de Braganza, vuestro nombre entra en el santuario, y tiene derecho á la cátedra del Espíritu Santo, y al incienso del Templo del Señor.

Fue una Reina virtuosa, y una Madre amable. Ved aquí aquella muger perfecta á quien el Espíritu Santo llama el mejor adorno de su casa.

Dios de inmensa magestad, justo juez de vivos y muertos, no pretendo prevenir ni sondear los arcanos de tu Sabiduría. Alabaré las acciones, que á nuestra vista fueron irrepreensibles, y someteré mis juicios al de tu justicia. Necesito para esto los auxilios de la divina gracia que imploro por la intercesion de la Santísima Vírgen María. *Ave María, &c.*

PRIMERA PARTE.

Árdua empresa es el cuidado de formar la juventud de los Príncipes; y un inestimable don del Cielo es una jóven Soberana que sin contar con su autoridad; sino solo por sus virtudes inspire amor y respeto. Todo es escollo para su virtud. Desde la cuna hasta el sepulcro estan cercados de enemigos que adulan, de riquezas que corrompen, de egemplos que seducen, y de unas cortes que pervierten. Densas nieblas cubren los palacios, sierpes y monstruos les rodean, respiran un aire inficionado, y con el espeso humo de turbulentas pasiones, apénas pueden divisar sino fantasmas de virtud, domésticos infieles, áulicos y cortesanos revestidos de mas máximas que costumbres. Cuanto miran sus ojos y perciben sus sentidos, otro tanto engendra pensamientos altivos con especialidad en una Princesa. ¡Qué vigilante! ¡Qué prevenida ha de vivir para no caer como las incautas aves en redes y lazos que tienden con-

tra la inocencia, la malignidad y la astucia! Una Soberana sobre el trono con la vista fija en el Cielo y el corazon en las manos para su pueblo es un portento y un astro brillante, cuyas influencias son siempre favorables y benéficas al palacio y nacion donde reina. España, la triste España se lamentaba entre sus males de la horfandad en que vivia, y pedia al Altísimo para su Augusto Monarca una Esposa y Reina semejante.

Reino Católico, te la dió el Cielo, te la quitó pronto, te la arrebató repentinamente, y otra vez te sumergió en la misma y aun mayor angustia. ¡Ay, Jesus, que desgracia! Si tu mano, Señor, abrió esta puerta para el bien y prosperidad del Reino, ¿por qué las cierras? Y si la cierras ¿quien podrá abrir el candado que le ponga tu mano omnipotente? Habia elegido nuestro amado Soberano para Augusta Esposa, una jóven Princesa de los Reyes de Portugal y de Castilla gloriosa descendiente, llena de virtudes, criada con una educacion santa, tan magestuosa por la pureza y sencillez de sus costumbres, como por su dignidad augusta. Princesa que en su infancia enseñaba

circunspeccion, modestia, y humanidad á los Grandes: á sus vasallos obediencia y sumision al Soberano; y el respeto y veneracion de la Religion á todos. ¡Ó sagradas alianzas, tratados augustos, intereses recíprocos de las naciones nunca seréis y jamas fuisteis vínculos tan fuertes y poderosos como el de la virtud; ni tan firmes y estables como los que se acordan y conciertan con los consejos eternos de Dios. Leed en el Eclesiástico (1) las relevantes virtudes que deben recomendar á la perfecta esposa, y veréis el modelo de la que perdió nuestro augusto Soberano.

Reyes Fidelísimos de Portugal, y Vos Reina y Señora Doña Carlota Joaquina de Borbon, Princesa de célebre nombre y de inmortal memoria, salisteis de nuestro hemisferio, para iluminar el Trono Lusitano (2); pero de-

---

(1) Eccli. cap. 26, vers. 1, 2, 3, 16, 17, 18, 19 y 21.

(2) La Serenísima Señora Infanta Doña Carlota Joaquina sostuvo en los dias 20, 22, 25 y 27 de Setiembre del año 1785 cuatro exámenes literarios sobre los elementos de varias enseñanzas é instrucciones, acomodadas á su tierna edad, presidiendo estos egercicios su maestro el R. P. Felipe Scio de San Miguel, de las Escuelas Pías de Madrid. Autorizaron los mismos actos SS. MM. Fidelísimas y las demas personas Reales de la Cor-

volvisteis al Sólio Español una brillante estrella á quien la muerte, como á luz que mucho resplandece, súbitamente extinguió su lucimiento. Augusta Princesa, Vos sembrasteis en el co-

---

te de Portugal. Tambien asistieron varios personages, ministros, cortesanos y otras muchas personas de primera gerarquía é ilustracion. En el primer egercicio del 20, que fue á las once de la mañana, respondió S. A. durante cinco cuartos de hora, á cuanto se le preguntó relativo á los dogmas, misterios y doctrina de nuestra Santa Fe, á las costumbres y acciones propias de un cristiano, á la historia sagrada de todo el antiguo y nuevo testamento, á las alusiones y figuras del primero, y su cumplimiento en el segundo, á las parábolas de este, con su aplicacion &c. En el certamen tenido el 22 á la propia hora fue examinada la misma Princesa, durante una, en todo lo relativo á la Esfera armilar y Geografia, resolviendo los problemas que se le propusieron, así sobre los globos, como sobre las cartas generales y particulares. El examen del 25 duró cinco cuartos de hora, y fue sobre la Gramática latina. En él, despues de satisfacer á muchas y varias preguntas acerca de las ocho partes de la oracion, se la leyeron diferentes pasages latinos sacados á la suerte del libro de la IMITACION DE CRISTO y de los de Ciceron, de los Oficios, de la Amistad, de la Vejez, las Paradojas y el sueño de Scipion, como tambien de los Comentarios de Julio César: todos los cuales iba traduciendo al castellano á medida que los oía; y leyendole despues otros lugares de las mismas obras en castellano, las traducia de repente al latin: concluyendo con hacer una perfecta análisis de todo lo tocante á la sintaxis y analogía. Ultimamente, vertió en lantin algunas sentencias que se la dijeron en portugues. En el último examen que fue de hora y media dió muestras de su aplicacion á las Gramáticas y Lenguas portuguesa, española y francesa: recitó varios pedazos de la historia de España, y despues volvió al egercicio del primer dia, el que se repitió para satisfaccion de los que no lo habian presenciado; y á fin de que fuese con alguna novedad, se hicieron á S. A. muchas preguntas totalmente diversas de las de entonces. A todas satisfizo tan completamente, que es imponderable la admiracion que debe causar tan vasta instruccion en tan cortos años &c. Mercurio histórico y político. Octubre 1785. Noticias de Portugal, Lisboa.

razon de la virtuosa Reina que lloramos aquellas semillas de las grandes virtudes que adornaban su alma. No se avergonzó del título de Madre, y en la educacion de las Serenísimas Señoras Infantas aspiró á merecer en toda su extension la gloria de este dulce nombre. La Lusitania admiró sus egemplos, y la vió siempre rodeada, como otra Macabea, de sus hijos inspirándoles el amor y respeto á la Religion y á las Leyes patrias; una familia regulada por las máximas del Evangelio: una reliquia de las antiguas costumbres con las que se formaron tantas célebres Matronas, Heroinas y Reinas que fueron el honor de sus siglos y el ornamento de su sexo. ¡Ó educacion! ¡Ó escuela de Príncipes! ¡A cuántos Reinos y Reyes perdiste! ¡A cuántos prosperaste! Las Bersabees, Elenas, Blancas, y Berenguelas dieron á los Tronos Salomones, Constantinos, Luises y Fernandos, Reyes sábios, virtuosos, y santos. La Augusta Madre Española dió á la Monarquía una hija, una Reina tan digna de la Corona de los Recaredos y Fernandos por su ciencia y virtud, como por su esclarecida descendencia. En la edad de diez y nueve años estaba

instruida en los idiomas latino, frances, ingles, é italiano: en los elementos de la historia universal, sagrada y profana, y en la Filósofia moral: estudio dignísimo que á los Príncipes y vasallos enseña el deber y obligaciones, en cuya observancia y desempeño consiste el órden y armonía de una sociedad civil y cristiana. Hasta sus diversiones y recreos eran útiles, honestos é instructivos. (1) ¡O infancia y juventud ilustrada! sois la confusion de la ignorancia y desidia tan entronizadas en los Palacios con que han amancillado y oscurecido su gloria las mas esclarecidas familias, por las que se han desterrado las venerables costumbres de nuestros mayores, y con que se pretende nublar el mérito y la virtud de las antiguas Reinas Católicas.

Id con la consideracion á su Real Palacio, y la veréis acompañada de su Augusta Madre, Serenísima Infanta y familia en los dias y horas destinados para el trabajo, ocupada en las labores propias del sexo, en el cuidado,

---

(1) Los principios de dibujo trabajados de su Real mano, y regalados á la Academia para estímulo y honra de sus alumnos.

régimen y administracion doméstica de su casa, copiando la imagen de Bersabé, de aquella ilustre heroina Madre de Salomón. Si las virtudes domésticas tuvieran tantos panegirístas como los crímenes afortunados, y las virtudes ruidosas y públicas, volaría la fama de su nombre. ¿Y qué virtud no llevaba pintada en su magestuoso semblante? Asistía al templo en los dias festivos y festividades de la Iglesia desde Vísperas hasta que se cancluian los divinos oficios: siempre acompañada de sus Augustos Padres, y tan inseparable de ellos, que á ninguno hicieron participante de esta gloriosa confianza. Hubieran venido acompañadas de su Augusta Madre, como lo tenia dispuesto, si la Reina Madre de Portugal no hubiera fallecido en aquellos dias, y subido al Trono la Augusta Reina Doña Carlota Joaquina. Era devota sin hipocresía, modesta sin afectacion, humilde y afable sin amancillar su grandeza, y sobremanera compasiva con los pobres, con quienes repartia su dotacion de Infanta. Juventud tan virtuosa era presagio de una vida santa. Estos presagios parecen bien en los lábios y escritos de los Filósofos, Poetas y Oradores

profanos: ¿por qué no lo han de ser en los de un Orador cristiano cuando tienen al Evangelio y á una multitud de oráculos divinos en su apoyo? Si la juventud, esta primavera de la vida es la estacion de los placeres ¿en qué edad tendrá la virtud sus delicias? Los huesos, decia el Príncipe de la tierra de Hus, el santo Job, que han sido desde la mocedad receptáculos de vicios, los conservarán hasta el sepulcro. (1) Por esta razon las pasiones que nacen en el tierno corazon de una Princesa jóven, son segun la educacion que reciben, ó nubes que con suavidad han de regar la tierra, ó tempestades que pueden destruir y asolar los reinos.

Con las mas felices disposiciones vino y se presentó á su pueblo exalando humanidad, afabilidad y dulzura, aquellas virtudes con que saben conciliarse el amor y respeto de sus pueblos las virtuosas Princesas. Vino dando de mano al fausto, y renunciando los aparatos triunfales y obsequios de que tanto gustan usar las

---

(1) Job. cap. 20. v. 11. Ossa ejus implebuntur vitiis adolescentiae ejus, et cum eo in pulvere dormient.

altivas heroinas. La vimos, para que sea mayor nuestro luto y llanto. La vimos inspirar su presencia maternal confianza, modestia su rostro, prudencia sus respuestas, piedad y religion sus obras, dignidad y virtud sus pasos, sus deliberaciones, sumision y respeto á su Augusto Esposo y Soberano, y un amor decidido á su Reino. Seáme permitido, esclarecida Nobleza Sevillana, aunque redoble vuestra pena, recordar egemplos que nos dió en aquellos alegres y festivos dias, en que se dignó S. M. distinguiros y honrarnos con su presencia. ¡Ó felices dias, cuantas lágrimas y penas preparabais! Anunciando, que tenia que anticipar su viage á la Corte, y que en el parte que acababa de recibir, le encargaba el Rey nuestro Señor la mayor brevedad posible, nos dijo: *Estoy dispuesta á dar egemplo de perfecta casada.... Soy la primera Vasalla, y debo dar egemplo de sumision y obediencia.* Cual relámpago pronto y reluciente que con su luz de repente inflamada, consterna é ilumina, así consternó esta respuesta de nuestra Soberana á una Ciudad siempre fiel y amante de sus gloriosos Príncipes, y con su luz descubrió la gran virtud

de su corazon Augusto que tanto nos edificó con su egemplo.

¿Es este, Señores, el idioma de la juventud educada con la cultura y civilizacion del siglo? ¡Que! ¿Habla así la Esposa enmedio de sus festejos y regocijos? ¿Habla así una Reina tan Soberana del corazon de su Augusto Esposo, como de los de sus vasallos? ¡Ó! estos sentimientos los dicta la conciencia, pero no los confiesa el orgullo. Este, Señores, es el idioma de la razon y de la ley: el fruto de la educacion cristiana: el egemplo maternal con que enseñó á todos sus súbditos á amar y obedecer al Monarca, porque sabe cuanto es el poder de un Reino obediente á su Príncipe; cuanta es la Magestad de la Soberanía, los recursos que tiene, la virtud y fuerzas que manda, el respeto que impone, la Sabiduría y prudencia que reina en la dulce calma, las dificultades que allana, y las empresas de que es capaz un Rey y un Reino unido en amor y concordia santa. Esta fue, Metrópoli del Reino, la Augusta Soberana que nos dió el Cielo, y esta la que viste primero tomar posesion de los corazones de sus vasallos, que sentar su

pie sobre el Trono. ¡Dichosos los Reinos que tienen una Reina semejante, y aun mas felices los que saben conocer y apreciar la virtud de sus Príncipes.

La virtud.... ¡Ó! solamente esta tiene el privilegio esclusivo de hacer esclavos y siervos á los corazones que no pueden dominar los tiranos Príncipes. La virtud tiene mas atractivo y belleza que Raquel para hacerse amable. Supo con ésta regular sus acciones con tanta delicadeza, que jamas confundió el Augusto carácter de Soberano con el título de Esposo: dió á ambos lo que la ley y la razon prescriben; no oscureció el deber y respeto que uno y otro dictan, y en que tanto se alborotan las pasiones de los Príncipes, cuando obran como esferas excéntricas y disparadas en el caos de los procedimientos sin este discernimiento y prudencia. Por estas reelevantes cualidades fué para su amado y Augusto Esposo, lo que para Salomón la sabiduría, el objeto de sus complacencias. ¡Ó prudencia! Tu reinas en la calma de las pasiones, eres un viento suave, que se goza en un cielo sereno, gustas habitar en las congregaciones y consejos de los ancianos,

y habitaste en el corazon de una jóven Monarca: donde presides; hay paz, acierto, órden, circunspeccion y sabiduría: eres la dama y señora de las virtudes; con un poco que te ausentes se levantan tempestades que turban los mas felices matrimonios, familias y Reinos, Reina Doña María Isábel de Braganza, á nuestra vista fuiste otra Alela y Abigail del sólio Español.

¡Qué uniformidad no se observaba en todas sus virtudes! Sabía que, asi como el Rey es el ojo vigilante de Dios sobre la tierra, asi la Reina lo es de su Palacio y familia: que sus palabras, acciones y vida eran un espectáculo adonde fijaban los ojos sin pestañear sus súbditos: aun no he dicho bastante, sabía que, las personas constituidas en dignidad forman, como decia San Pablo, un espectáculo para Dios, para los Ángeles y los hombres. Por esto fueron sus egemplos lecciones de prudencia, recogimiento, agrado, honestidad, piedad y devocion; no aquella devocion que se hace ridícula, despreciable y pueril; no la que no conoce sino un zelo exterminador y que fomenta el amor propio; sino la que sabe unir y con-

cordar el decoro de la Soberanía, con la magestad y pureza del culto. La corte vió y admiró á su Real familia con aquella circunspeccion y dignidad que respiran los Palacios cuando en ellos rige y preside la sólida virtud.

Dínos, afligida familia, ¿cuál es la causa del intenso dolor con que has llorado su muerte? Perdimos, dice, á una Señora afable, humana, virtuosa, remedio de nuestras necesidades, modelo de las Princesas cristianas: perdimos una Reina que no nos contristó, ni nos dió un pesar en toda su vida sino el haberla perdido con su muerte: una Señora que nos edificaba con sus religiosas costumbres, con la asistencia diaria al sacrificio de la Misa, con la frecuencia de los Sacramentos todos los Viernes y festividades de la Iglesia: una Reina llena de virtudes, y una Madre amable.

SEGUNDA PARTE.

Este glorioso título no se hereda con la sangre, ni se adquiere con la corona. La posteridad y la conciencia pública, que es un tribunal temible y sin apelacion, lo adjudica solamente á aquellas célebres Princesas que como Madres de una gran familia, se presentaron con el corazon en las manos para su pueblo: que ornaron su diadema con la bondad, beneficencia, humanidad y clemencia: que manifestaron una voluntad decidida y siempre dispuesta para el bien comun y prosperidad de sus Reinos: que derramaron ardientes lágrimas sobre las necesidades públicas procurando remediarlas: que amaron y fueron amadas condoliendo como á hijos hasta aquellos que merecian la ira del Príncipe, templandola prudentemente con la equidad y clemencia: que supieron bajar del trono, salir al encuentro, inclinarse y dar la mano á los que las imploraban en su afliccion; no perdiendo

de vista el consejo que un sábio español daba á los Príncipes Católicos: que si Dios no fuera clemente le respetaría el temor, pero no le daria adoraciones el culto. (1)

Amada Soberana, Reina Doña María Isabel de Braganza, si os levantáseis del sepulcro, aun diriais mas que yo, y mejor que yo, esplicando este sagrado deber y humanidad de de una Princesa cristiana: nos diriais lecciones y egemplos que, aprendisteis en la sábia y virtuosa escuela de vuestra Augusta Madre. Mas yo publicaré las obras y acciones con que lo comprobasteis. Mejor diré, no haré mas que repetir los tristes écos y dolorosas voces con que esplicó su luto y pena regando con lágrimas vuestro cadáver un pueblo fiel, que no sabe simular sus sentimientos. María Isabel de Braganza la bondadosa, benéfica, caritativa, la tierna, sensible y buena Madre de los Españoles. ¡Ó Metrópoli del Reino! No pudieron tus moradores espresar mas su dolor en el lamentable fallecimiento de nuestra Augusta Soberana; pero ni ésta pudo darte mayores demostraciones de amor en su corto reinado.

---

(1) Saavedra Empres.

Desde que la corte vió á su amada Reina criar y lactar á la Serenísima Infanta, llevarla en sus brazos, y mostrarla cariñosa á su pueblo, creyó, y no se equivocó; se persuadió y no vanamente, de cuanta era la humanidad y sensibilidad del tierno y benéfico corazon de Madre tan amable. ¡Qué confianza podrá tenerse en las que solamente egercitan una semimaternidad en sus hijos naturales! Con este egemplo amoroso repreendía públicamente y con dulzura la costumbre inhumana de abandonar las madres la crianza de sus hijos: condenaba y corregia con agrado el lujo, la molicie y desordenada concupiscencia de aquellas que han sacrificado tantas víctimas inocentes al vicio y á la muerte: que han degradado y envilecido á la especie humana, ahogando unos impulsos y afectos maternales, que no pueden reprimir, ni vencer las mismas fieras.

No se contentó como buena Madre en pagar este tributo de su natural afecto. Su amor no se limitaba á una esfera tan estrecha. Cual Madre solícita buscando á sus hijos, asi la vió la corte ir y visitar repetidas veces la casa de niños Expósitos. Infelices y desvalí-

dos infantes, aun no la invocásteis Madre, y se entró por vuestras puertas para enjugaros el llanto. Vísteis una Reina de las Españas cuidadosa, amante de vuestro bien, llevada en las álas del amor, que supo pensar en vosotros, cuando vuestros padres ó no pudieron, ó no quisieron, y vosotros no sabiais pensar en vosotros mismos: que os buscó, amó y acarició sin conoceros: que se desveló zelando el desempeño de las personas encargadas de vuestro cuidado. Si una mirada cariñosa alienta y recrea al desvalido ¿qué serían para estos infelices las visitas, miradas y alhagos cariñosos; las limosnas y socorros de una Reina amable, desempeñando la tutoría y patronato universal de los pobres, cuyo derecho es tan propio é inseparable de la régia potestad, como su desempeño?

Hospitales, Real Hospicio de San Cárlos, Establecimientos de Beneficencia, Real Académia de San Fernando, fuisteis los teatros en donde se presentaba para egercitar su liberalidad y Soberana proteccion. ¡Cuántas veces admirásteis sus visitas, limosnas y misericordiosos pasos! La vísteis como vió Roma á la

célebre Matrona Fabiola de quien habla con singular encomio el Gran Padre San Gerónimo, (1) y como á otra Augusta Placila, esposa del grande Emperador Teodosio. (2) ¿Qué dirá á vista de estos insignes egemplos nuestro siglo? Siglo en el que, como dijo un sábio, (3) hay mas inclinacion para destruir que para fundar. Siglo en que tanto se habla y escribe de humanidad, y solo se proyecta el que los hombres no nazcan, ó que nacidos perezcan. Siglo, siglo, mira los egemplos que te dió la Soberana que perdimos, y oye la voz que resuena en mis oidos, que me parece sale de su Agusto sepulcro, y que clama con especialidad á los Patronos de fundaciones piadosas con las mismas amargas quejas que los Concilios Vienense y Tridentino. (4) Contra aquellos Patronos insensibles á los gritos de la humanidad, al interes de la Patria, y á la con-

---

(1) Hieronim. epist. ad Pammachium, et in epitaphio Fabiolae.

(2) Teodoretus lib. 5. cap. 18.

(3) El Marques de Caracciolo en el discurso sobre el interes de la Patria cap. de Fundaciones.

(4) Conc. Vienens. Constitut. quae incip. „quia contingit.“ Trident. Sess. VII. de Reformat. Cap. 15.

fianza que hicieron de ellos sus ilustres fundadores, hablan sus maternales egemplos.

Veia el deplorable estado del patrimonio de los pobres, las necesidades públicas, las miserias y trabajos de sus vasallos con la misma afliccion y amargura que una triste Madre oye los clamores de sus hijos sin poder suministrarles el pan de su sustento: pero cuantas veces la vísteis despues de socorrer con las limosnas á muchos necesitados, contristada fijando sus ojos y levantando su corazon y sus manos al Cielo para implorar la Providencia. ¡Ah! Las necesidades y trabajos del pueblo de Dios solamente Moises y el Cielo con visibles prodigios y milagros pudieron socorrerlos. Rios de lágrimas y torrentes de desdichas tienen que vadear los reinos que Dios castiga con el azote de guerras desoladoras. Por estos afectos de un corazon tan benéfico la amaron los buenos, la admiraron los malos, y la apreciaron todos.

No se ha de medir la beneficencia por lo que se da, sino por lo que se puede y debe dar, y la voluntad con que suministra y socorre. La magestad, la magnificencia, la li-

beralidad, el decoro y la razon de estado es verdad que son virtudes de la Real diadema y ornamentos de la Soberanía; pero es una virtud rara el saber moderarlas, para no hacer padecer á los vasallos, y que no sirvan de lúgubres señales, que hagan derramar y verter las lágrimas de los súbditos. La Reina por quien lloramos sabía muy bien, que de las estravagantes prodigalidades de Neron nacieron los tributos injustos á su pueblo, (1) de las que se han originado males sin número, que como una tempestad han arruinado la opulencia de muchos estados, y derribado los imperios.

Por tan justas consideraciones regulaba y ceñia su liberalidad á lo que permitia su Real dotacion. Miraba con complacencia cuando la Serenísima Señora Infanta repartia algunos dones con mas profusion, y la decia con rostro afable y halagüeño: eres mas rica, tienes mas rentas y encomiendas que Yo, y debes dar mas que Yo. ¡Qué fondo de virtud para no resentirse el amor propio! ¡Qué filo-

(1) Marques de Santa Cruz Reflécc. Milit. tom. 1. pág. 92.

sofia para ordenar tantas virtudes y una caridad casi sin límites como la que ardía en su alma! ¡Qué esperanzas tan lisongeras nos prometía una jóven Soberana tan misericordiosa y amable! Pero, Señor y Dios mio, con tal que goce de tu luz y de aquel dia sin noche, aunque nuestros corazones y esperanzas se cubran con las tinieblas de su sepulcro. Que viva para Vos aunque no viva para nosotros. Cuando comenzaba como el árbol tierno á anunciar con sus flores y ramos ópimos y sazonados frutos, la trasplantó el Altísimo al eterno paraiso. No es esto sondear los arcanos incompreensibles de la sabiduría de Dios. ¡Sabiduría infinita é inefable yo te adoro! Cuando asi hablo, solo pretendo decir lo que es permitido alcanzar á nuestro limitado entendimiento; pero, Señores, una vida angélica anela por tener su mansion en el Cielo: una virtud perfecta está violenta en el pais de la imperfeccion: vivió poco, murió jóven, nada importa, que de los moradores celestiales no se menciona la edad sino el mérito. Reinó dos años y tres meses: pero compendió virtudes de grandes Princesas, de largos reinados, de Rei-

nas recomendables: la arrebató la muerte por privar á muchos de la vida; pero la habrá dado la eterna el Criador, á quien fue siempre fiel, sirvió como á Señor, amó como á Padre, temió como á Juez y reverenció como á su Rey inmortal.

¡Ah muerte! muerte, en vano te ocultaste con el manto y pavorosas tinieblas de la noche. Tu eres alevosa para el que no vive vigilante: tu eres espantosa y temible para el que no está preparado: tu arrebatas la vida siempre temprano al que te llevas sin esperanzas de la eterna; pero sabe que, no vive mas el que mas vive, sino el que mejor vive, y que el Supremo Juez no mide el tiempo precisamente, sino las obras y acciones de la vida. Las lúgubres circunstancias que acompañaron á la muerte de la Reina por quien oramos, serían amargas y funestas para el siervo negligente cuando su Señor le llama, y para las vírgenes infatuadas y dormidas que no tienen su lámpara encendida, cuando el Esposo viene. Pero nuestra amada Soberana vivió, como quien sabe que, ha de morir, y se previno para que la muerte no la fuese imprevista.

Sus disposiciones cristianas son el consuelo y la edificacion, de los que lloramos su muerte.

Oid egemplos que condenan á las almas mundanas y edifican al pueblo de Dios. Asistió á los Maitines de la Natividad desde las nueve de la noche hasta las dos de la madrugada: llamó despues al Ilustrísimo Señor Obispo su Confesor, recibió el Sacramento de la Penitencia, lavó sus defectos con lágrimas de verdadera contricion, participó en la mesa del Altar de aquel Pan de los Ángeles que llena el alma, que dignamente le recibe de gozos y consuelos celestiales, oyó despues las tres Misas de rodillas. Contad cuantos serán los que en todo el Reino hayan celebrado con estas cristianas disposiciones la Natividad del Señor, ¿En qué tiempo? ¿En qué circunstancias? En las circunstancias mas críticas que hubieran hecho escusarse á quien no tuviera una virtud en el sublime grado que esta virtuosa Soberana. Desde entonces repetía con admiracion de todos los circunstantes lo que aun antes solia decir con frecuencia: estoy muy consolada, muy conforme con la voluntad de Dios, bendito sea que tanto nos favorece, ¡qué

contenta me hallo! venga ya lo que Dios quiera.

¡Gran Dios! ¿Qué alegría inspiras á un corazon inocente cuando como víctima lo preparas á la muerte? ¡Ó! Este es aquel gozo espiritual hijo de la buena conciencia, que manifiesta la pureza interior del corazon, dice San Basilio. Esta es aquella llama de amor y caridad que es mas fuerte que la muerte: este es el premio de un alma que unida á su Dios busca su tesoro en el Cielo, y pisa como escoria los bienes de la tierra. Que se entristezcan los Paganos, los voluptuosos y sensuales, las almas mundanas y terrenas; pero no la que amó á su Dios y le sirvió toda su vida. Muerte, muerte, es verdad que eres un clavo que fijas la opinion y el estado en que cada uno fallece. Pero tu fijarás para eterna memoria sobre el sepulcro de nuestra amada Reina el estado y opinion en que vivió toda su vida. Grabarás, para egemplo de los que viven, su nombre y sus alabanzas. Murió, porque era mortal la VIRTUOSA REINA Y LA MADRE AMABLE. La que fué modesta, afable, humilde, piadosa, devota, la que temió

á Dios y le sirvió toda su vida. La que fue bondadosa, benéfica, caritativa, tierna, sensible y buena Madre de los Españoles.

Murió en la temprana edad de veinte y un años casi empezando el tercero de su reinado: edad en que muy raras Princesas podrían merecer este elogio. De este modo cuando la muerte se creia mas distante estaba á la puerta, y su vida semejante á una luz, se volvió repentinamente hácia el sepulcro. Cayó el muro de proteccion, y se truncó la excelsa pirámide que servía de apoyo á las esperanzas de su pueblo, y quedaron estas como la yedra tendidas por el suelo. Infelices, derramad vuestras lágrimas sobre el sepulcro de tan amable Madre, y con lamentable voz fijando la vista en el Cielo, decid como el santo Job con doloroso acento: burlásteis, gran Dios, nuestros deseos, disipasteis como el humo nuestras esperanzas, remontásteis nuestros corazones sobre las álas de los vientos, para que fuese mayor el golpe y la amargura. Cuando esperabamos prosperidades y bienes, un torrente de aflicciones inundó al triste corazon de nuestro Augusto Soberano, y al de

todos sus vasallos. Ansiábamos ver la luz de un feliz alumbramiento, y de repente brotaron tinieblas. Las voces preparadas para entonar cánticos de regocijo, cantan lúgubres canciones. (1) Vino la muerte como un fuego que pasa con velocidad consumiendo los campos, redujo á cenizas á la Augusta Reina, á la tierna Infanta, y secó la fuente de donde habia de manar la felicidad y el contento.

Clamaron los Sacerdotes pidiendo una feliz sucesion que colmara la alegría de nuestros Augustos Príncipes y de todo el Reino. Os manifestásteis, Señor, como sordo y dormido á nuestras súplicas. Los Cielos que tantas veces derramaron abundantes lluvias de bendiciones sobre el Trono y un Reino Católico, se cerraron y solo se abrieron para verter el vaso de amarguras y penas. En tanta tristeza nos consolamos con que solamente os manifestais para tu pueblo Juez de inmensa Magestad, y que para tu sierva fiel habreis sido Padre amante, recibiendola como á hija amada con el ósculo y abrazo de tu gracia y amistad.

---

(1) Job. cap. XXX. vers. 20. 26. 31.

Adoramos, gran Dios, tus consejos. Ángeles y Santos, si la llevasteis al eterno paraiso, unid á sus oraciones las vuestras, é interceded por nuestro Augusto Soberano, por toda la Real familia y por todo el Reino. Si necesita de nuestros sufragios, venid Ángeles y Santos, llevad nuestras lágrimas y oraciones, nuestros clamores y sacrificios: esa Sagrada víctima, esa Hostia pacífica, esa Sangre de valor infinito, y presentadla ante el Altar de la Celestial Sion, para que se escriba su nombre con el de los Santos que reinan con Cristo por infinitos siglos de los siglos. Amen.

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm